

Publicado con el título "La formazione del soldato multinazionale" en la revista "Politica Internazionale" Nº 5/6 de 1977, Roma (mayo-junio)

AMERICA LATINA: SOLDADOS DE LA DEPENDENCIA

Raul Ampuero

En los vastos espacios americanos al sur del Ecuador no queda una pulgada de tierra bajo gobierno civil. Podríamos navegar largas semanas en torno al continente - bajando por la costa del Pacífico hasta alcanzar el Mar de Drake, doblando el Cabo de Hornos y subiendo por el litoral Atlántico hasta el gran estuario del Amazonas - y sólo bordearíamos la periferia de un mundo enteramente sometido al despotismo militar, donde la democracia y la libertad han sido aniquiladas, mientras las organizaciones obreras están condenadas a la clandestinidad y los derechos sociales formalmente suprimidos. Los hombres que desafían el régimen dominante y logran escapar a la prisión o a la muerte, huyendo desde sus países de origen, podrán caminar miles de kilómetros y atravesar muchas fronteras sin encontrar asilo ni seguridad; una despiadada red represiva cubre la enorme comarca y vela por la estabilidad del nuevo orden. En el interior del sistema únicamente la policía política y las corporaciones multinacionales operan sin restricciones ni confines.

Con la excepción de Colombia y Venezuela, de Surinam y de Guyana, situadas en su borde septentrional, ésta es la situación de la América del Sur en nuestros días: las dictaduras militares cubren el 82,6 % de la población y el 86 % del territorio. Aquella del Perú, que hasta poco tiempo atrás exigía una clasificación aparte, parece confundirse cada vez más con sus vecinas.

No hace mucho tiempo, sin embargo, que la situación era enteramente distinta. Hubo un momento, en 1973, en que un vigoroso desplazamiento hacia la izquierda en los principales países del extremo sur (la Argentina de Cámpora, el Chile de Allende, el Perú reformista de Velasco Alvarado) parecía a punto de arrastrar a toda la región hacia una creciente participación popular en la gestión del poder y a una progresiva independencia con respecto a la política norteamericana.

Los intereses y las fuerzas que están detrás de éste fenómeno de regresión han sido muchas veces denunciados, sin necesidad de acuciosas investigaciones. El propio debate interno en los Estados Unidos ha sacado a luz la participación directa de sus autoridades y sus servicios secretos en una multitud de actos subversivos, en estrecha alianza con las grandes corporaciones multinacionales presentes en el mercado latinoamericano, cada vez que debieron enfrentarse a un régimen de inspiración antimperialista. Los gobiernos instaurados con tales procedimientos, por su parte, tampoco se han cuidado de disfrazar su función ni su naturaleza. Tal vez el caso más transparente sea el de la Junta chilena; a pocas semanas del golpe acordaba pagar 430 millones de dólares a las mismas compañías cupreras (Anaconda, Kennecott, Cerro Corporation) a las que el Parlamento - con heta mayoría anti-allendista - había negado por unanimidad cualquier reparación monetaria. No se detuvo ahí, sin embargo; para dejar constancia de su gratitud hacia la multinacional más resuelta y generosa en la campaña contra el anterior gobierno democrático, la misma Junta negoció con la I.T.T. un contrato leonino que cuesta al país otros 100 millones de dólares. Pero las decisiones que más

cuentan para las empresas transnacionales - se adopten en Brasilia o en Santiago, en La Paz o en Montevideo - son las que abren incondicionalmente los mercados al saqueo de las gigantescas corporaciones y despojan a los trabajadores de sus derechos mas elementales, para reducirlos a una masa inerte sujeta a la despiadada explotación extranjera.

Diplomacia de asalto

Todo esto es conocido. Y no faltan tampoco las increíbles declaraciones de altos funcionarios de Washington que deciden renunciar espontáneamente al asesinato de gobernantes vecinos, por ejemplo, para optar por medios diplomáticos menos expeditos, o que prometen para el futuro una política exterior decente y compatible con ciertas exigencias morales. Son síntomas de que algunas cosas pueden cambiar. Deliberadamente se ignora, en todo caso, el complejo sistema de dependencia que, comenzando por una desnacionalización doctrinal de los ejércitos latinoamericanos, ha terminado por transformarlos en tropas cipayas, coloniales, cada día mas divorciadas de la historia, del interés y del destino de los países a que nominalmente pertenecen, para servir de estructura de soporte del imperialismo y operar como el partido de las multinacionales. Agotadas las posibilidades de consenso de la vieja sociedad, ni los inversionistas foráneos ni sus diezmados aliados internos demuestran interés alguno por la democracia, por los derechos del hombre ni por el Estado de Derecho. La subsistencia de la dominación exige entonces el empleo de la única formación capaz de operar sin necesidad de contar con la voluntad de sus integrantes: las fuerzas armadas. Tarea relativamente fácil si se ha tenido el cuidado de degradar su patriotismo y de corromper a sus jefes, a la que han venido colaborando la conducta oficial norteamericana, por una parte, y el servilismo de los políticos locales, por otra.

Este es el asunto que nos proponemos abordar. No se trata de desconocer el papel sustancial de los factores socio-económicos y políticos en la empresa de recolonización de la América Latina, ofreciendo una versión simplistamente militar de los acontecimientos, sino de analizar la importancia creciente de los establecimientos castrenses en la política exterior norteamericana. Inicialmente ignorados por los EE.UU. como instituciones, como factor político, como grupo social, en los veinte años que siguen a la guerra pasan a ser un elemento primordial de su presencia en América Latina y de su estrategia de gran potencia.

Después de la Guerra Mundial, en efecto, el rol de los EE.UU. como corazón y eje del sistema capitalista no se limita a la esfera económica. Una secuela importante del último conflicto lo constituye la estrecha ligazón que se establece en la cumbre de la sociedad norteamericana entre su élite política y la industria bélica y para-bélica, por una parte, y, por otra, como lo comprueba dramáticamente la realidad latinoamericana de nuestros días, la subordinación de las naciones asociadas o perisféricas mediante la manipulación directa de sus servicios de defensa nacional, en reemplazo de los tradicionales mecanismos diplomáticos, jurídicos y financieros.

La progresiva preponderancia de un núcleo militar-industrial en la vida de

la nación norteamericana fué denunciada ya como un grave peligro por el presidente Eisenhower al término de su mandato. Poco mas tarde Beltrand Russell se hacía eco de la denuncia: "En 1960 - dice - fueron gastados 21.000 millones de dólares en abastecimientos militares. De ésta suma fabulosa 7.000 millones y medio fueron distribuidos entre diez empresas, mientras otras cinco recibieron cerca de 1,000 millones cada una. En las oficinas de éstas empresas - añade - trabajan 1.400 oficiales del ejército, comprendidos 261 generales y oficiales en servicio activo. Sobre la planilla de pagos de la General Dynamics existen 187 oficiales, 27 generales y almirantes y un ex-Secretario del Ejército. Todos ellos constituyen una casta dominante que permanece en el poder incluso cuando otros son nominalmente electos a los cargos públicos, y todos los presidentes se ven obligados a atender los intereses de éste grupo omnipotente. Por tanto, la democracia americana carece de realidad y significado, ya que el pueblo no puede destituir los individuos que de hecho dirigen el país" (1).

Desde entonces las dimensiones del dispositivo militar norteamericano no han hecho más que crecer. Según informaciones oficiales de comienzos del año pasado (2) los EE.UU. habían suscrito tratados militares, acuerdos intergubernamentales y contratos para la concesión de ayuda militar y ventas de armas con 92 países, en tanto sus tropas apostadas más allá de las fronteras sobrepasaban el medio millón de hombres, a las que debían añadirse unos 175.000 soldados extranjeros colocados bajo el mando directo de oficiales norteamericanos, 222 grandes bases militares y alrededor de 2.000 más pequeñas, emplazadas en cuarenta estados diversos, constituían los puntos de apoyo permanentes de una estructura de control que cubre literalmente el "mundo libre". Independientemente de sus alianzas formales, los EE.UU. prestaban asesoría militar a 64 estados, con sus propios consejeros y especialistas, mientras su arsenal nuclear disperso en territorios ajenos, pero sobre todo a bordo de naves de superficie y submarinos que surcan los océanos, lleva su influencia a todos los horizontes del planeta.

En las precarias condiciones internacionales del mundo moderno, un aparato bélico de perímetro tan vasto está inevitablemente expuesto a tocar zonas de extrema sensibilidad política y estratégica en el equilibrio Este-Oeste, o a interferir en el proceso de nacimiento y afirmación de los estados emergentes del viejo mundo colonial, desencadenando de ese modo conflictos de imprevisible desarrollo. En tales casos, las disposiciones del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), suscrito el año 1947 en Rio de Janeiro, le aseguran a la potencia hegemónica la automática solidaridad de los otros veinte estados contratantes; una solidaridad que los expeditos mecanismos previstos en el pacto pueden llevar hasta la guerra.

La "defensa hemisférica"

El Tratado de Rio es la culminación de las antiguas aspiraciones estadounidenses de establecer una suerte de protectorado sobre las naciones del sur, cuyo antecedente mas remoto puede hallarse en la llamada Doctrina Monroe, enunciada en 1823. Literalmente proclamaba el principio de "América para los americanos", rechazando cualquier ingerencia extracontinental sobre las tierras del nuevo mundo, pero la legitimidad teórica del postulado es sólo aparente, si se tiene en cuenta la situación real del continente en esos días: mientras desde México a la Tierra

del Fuego acaban de nacer los estados latinoamericanos, extenuados por la larga lucha de la independencia y preñados de conflictos intestinos, en el norte los EE.UU. han duplicado su área geográfica originaria y están en vísperas de cumplir el medio siglo como nación soberana. El resultado práctico de la doctrina no podía ser otro que la afirmación del predominio regional de los EE.UU., como vendrían a confirmarlo los sucesos posteriores.

Hacia fines del siglo XIX, la celebración de la Primera Conferencia Panamericana señala el comienzo de la institucionalización de estas desiguales relaciones, al mismo tiempo que las anteriores influencias europeas retroceden para dejar espacio a la nueva hegemonía. Los planes de construcción de una vía navegable entre los dos océanos, a través del istmo, dan lugar a intervenciones cada vez más frecuentes y directas de los EE.UU. en toda la América Central y el Caribe, las que se transforman en una rutina después de la apertura del Canal de Panamá. Es la época en que las cañoneras y los marines simbolizan la "caribbean policy" del Departamento de Estado. El canal, por lo demás, crea un foco estratégico particularmente sensible, cuya protección pasa a ser una justificación adicional de la presencia norteamericana.

No obstante, sólo después de la Gran Crisis y en vísperas de la Segunda Guerra Mundial se perfeccionan los mecanismos ideológicos y los instrumentos jurídicos destinados a colocar al conjunto de la América Latina bajo la dirección militar estadounidense. El proceso es ilustrativo, porque con constancia ejemplar se elaboran las justificaciones políticas, las nociones estratégicas y los elementos ideológicos que transforman las bases mismas de las fuerzas armadas latinoamericanas, sustituyen sus funciones naturales y destruyen sus raíces históricas, para incorporarlas mental y orgánicamente en un aparato militar de dimensiones hemisféricas, bajo la dirección superior del Pentágono.

En 1938, la Conferencia Panamericana de Lima señala que "los pueblos de América han alcanzado la unidad espiritual" basada sobre los principios republicanos, los sentimientos de humanidad y tolerancia, el respeto de la soberanía de los estados y de las libertades individuales, para avanzar al año siguiente - en la Reunión Consultiva de Ministros de Relaciones Exteriores convocada en Panamá - a una formulación política más concreta, que se propone extirpar en las Américas "la propaganda de las doctrinas que tienden a poner en peligro el común ideal democrático interamericano". En ésta misma oportunidad se concluyen las deliberaciones con una declaración colectiva de neutralidad frente al conflicto, circunscrito hasta entonces al continente europeo, y los estados firmantes se comprometen a conservar "libres de todo acto hostil de parte de cualquier nación beligerante no americana" las aguas que quedan en el interior de una amplia Zona de Seguridad, que flanquea el contorno del continente desde un polo al otro.

El principio rector de una alianza cada vez más estrecha se consagra en 1940, en la ciudad de La Habana. Una nueva Reunión Consultiva de los Ministros de Relaciones Exteriores declara que "todo atentado de un Estado no americano contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o independencia política de un Estado americano, será considerado como un acto

de agresión contra los Estados que firman ésta declaración". Dos años más tarde, a éste compromiso siguen los acuerdos que recomiendan la ruptura de relaciones diplomáticas con las potencias del Pacto Tripartito (en razón de estar librando una guerra contra un país americano), que adoptan diversas medidas para apoyar el esfuerzo bélico de los Estados Unidos, y que, por último, crean una Junta Interamericana de Defensa con sede en Washington.

Mientras en el curso del conflicto éste verdadero código de principios y pactos multilaterales que se ha dado en llamar Sistema Interamericano adquiere una clara significación antifascista, compatible en su momento con la participación soviética en la gran coalición antihitleriana, una vez finalizadas las acciones militares torna a centrarse en la defensa del continente contra eventuales enemigos de ultramar. Paulatinamente, tal enemigo adquiere plena identidad: es la Unión Soviética.

Apenas un año después del famoso discurso de Churchill en el Westminster College de Fulton, que señala el comienzo de la "guerra fría", nace en Rio de Janeiro el TIAR como marco jurídico de la dependencia militar latinoamericana e instrumento en que se apoya la ideología actual y la doctrina de sus fuerzas armadas. Como ya se ha dicho, parte de aquí la metódica desnacionalización de esas instituciones, que desde entonces sobreponen a la soberanía de sus propios países una concepción supranacional de la seguridad común. Por las razones históricas y militares que conocemos, en los hechos tal concepción no es ni siquiera supranacional ni solidaria; consiste y se inspira en la protección exclusiva de la nación dominante y de sus intereses imperiales.

Contemporáneamente, en base a la National Security Act de 1947, en los EE.UU. se crean dos instituciones nuevas, de poderes tan discrecionales y vastos que implican un vuelco histórico en su ordenamiento tradicional: son el Consejo Nacional de Seguridad (National Security Council) y la Agencia Central de Inteligencia (Central Inteligency Agency). La guerra de Indochina y el episodio de Watergate comprobarán después la medida en que tales servicios llegaron a situarse por encima de los órganos regulares de la nación y de sus más altas autoridades. Para sus operaciones conspirativas y clandestinas en suelo latinoamericano, en cambio, jamás dejaron de contar con la aprobación y el auxilio - y también con la cobertura - tanto del presidente en ejercicio como del Departamento de Estado.

EL ENEMIGO INTERIOR

~~Hacia el ejército multinacional~~

En el período que antecede a la administración Kennedy y en el cuadro de los compromisos mencionados se desarrolla una activa transferencia de armas y equipamiento bélicos con destino al sur, en calidad de préstamos y donaciones y en cumplimiento de innumerables acuerdos bilaterales. La concesión de material de guerra, aún a precios de liquidación, constituye un doble negocio: se recupera una parte del valor ficticio de abastecimientos ya obsoletos, excedentes del conflicto mundial, y se hace más rígida que nunca la dependencia logística de los países beneficiados. Para explicarse la dócil inclinación de los oficiales latinoame-

ricanos hacia las posiciones yanquis, en los años sucesivos, será un elemento clave - entre otros - el difuso temor de cegar esta generosa fuente de municiones, repuestos y equipos de reemplazo, ofreciendo eventuales ventajas a potenciales adversarios mejor dispuestos a servir las consignas norteamericanas.

Un segundo factor de cohesión lo constituye, en la misma época, el sistema de pactos militares (PAM) destinado a poner en marcha y a perfeccionar las disposiciones del TIAR. Desde 1952 se suscriben diecisiete acuerdos sucesivos de esta clase entre los EE.UU. y otras tantas repúblicas del Sur. Se refieren, en parte, a una prolija reglamentación del uso de materiales y servicios por parte del país favorecido, pero, simultáneamente, se establecen perentorios deberes de colaboración con la potencia benefactora, tan amplios y absolutos que en una situación de guerra la condición de los países contratantes deviene un estatuto colonial. Chile, por ejemplo, se compromete en virtud del PAM a "aportar la plena contribución que le permitan sus recursos humanos, sus riquezas, sus facilidades y su estado económico general para acrecentar y mantener su propia fuerza defensiva así como la fuerza defensiva del mundo libre".

Una tercera línea de desarrollo de los vínculos castrenses consiste en el entrenamiento del personal. En los inicios del 76 se informaba al Tribunal Russell que, entre 1950 y 1972, habían pasado por las escuelas militares estadounidenses 61.032 latinoamericanos, de los cuales 7.578 brasileños y 4.932 chilenos. A la luz de datos más recientes, se sabe que hasta 1975 la cifra total de latinoamericanos se remontaba a 71.651, de los cuales 6.328 chilenos. Puede afirmarse que en los últimos años esta forma de condicionamiento psicológico y cultural ha pasado a ocupar un lugar preferente.

Hacia la mitad de los años 50 se insinúa un cambio importante en la política del Departamento de Estado y del Pentágono con relación a sus vecinos meridionales. Comienza con la "Declaración de Caracas", en 1954, donde los miembros de la O.E.A. convienen en que "El dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del movimiento internacional comunista, que tenga por resultado la extensión hasta el continente americano del sistema político de una potencia extracontinental, constituiría una amenaza a la soberanía y la independencia política de los Estados Americanos, que pondría en peligro la paz de América y exigiría una Reunión de Consulta para considerar la adopción de las medidas procedentes, de acuerdo con los tratados existentes".

Washington comienza a preocuparse por lo que ocurre en el interior del continente, donde se multiplican los signos de rebeldía frente a las condiciones de miseria y despotismo en que se desenvuelve la existencia de los pueblos. Paralelamente se percibe un claro agotamiento político de las clases dominantes nativas como, en cierta medida, lo demostraba el acceso al poder por vías electorales del presidente Arbenz de Guatemala. El texto de la "Declaración" es el primer eslabón del proceso encaminado a sustituir el enemigo extracontinental por el enemigo interno, y la defensa retórica de la democracia por una Santa Alianza destinada a violentar la voluntad de las mayorías nacionales.

Para comprobar un giro sustancial de la política militar hacia la América Lati

na será necesario esperar la derrota de los ejércitos colonialistas franceses en Dien Bien Phu, la victoria de la revolución cubana y la formulación de la nueva perspectiva kennediana acerca de la misión y las tareas de los EE.UU. en el continente y en el mundo.

Para los oficiales de formación clásica, la victoria del pequeño pueblo asiático, desprovisto de medios bélicos y económicos, sobre unidades escogidas de una gran potencia europea, señaló la necesidad de estudiar a fondo éste nuevo tipo de guerra, llamada - a falta de calificativos más precisos - guerra irregular. Como lo juzga Horacio Veneroni (3), las conclusiones de los expertos fueron insuficientes y parciales. La ciencia militar tradicional logró identificar los principales elementos técnicos y operativos de la guerra popular de liberación, pero fue incapaz de penetrar en las raíces sociales y políticas de ésta nueva forma de lucha. Su respuesta fue, entonces, la formulación de una doctrina bélica de contrainsurgencia que, incapaz de comprender las motivaciones reales del alzamiento colectivo, termina por atribuir los movimientos revolucionarios y de liberación a cierto "comunismo internacional" genérico y simplista, aislándolos de las circunstancias locales e históricas que les proporcionan audiencia en las masas, capacidad política y ardor combativo.

De todos modos y con todas sus insuficiencias, éste enfoque obró con mucha fuerza en la reorientación de la política militar norteamericana.

Un nuevo factor en el mismo sentido lo constituyó el colapso del ejército batistiano bajo los golpes de las formaciones guerrilleras de Fidel Castro y el curso resueltamente antimperialista del movimiento iniciado en Sierra Maestra.

Son los tiempos, por último, en que la estrategia global norteamericana sufre los efectos derivados de la paridad nuclear alcanzada por la Unión Soviética. La perspectiva de una destrucción mutua como resultado de la inevitable represalia atómica, induce a ambas potencias a evitar una confrontación directa y a revisar las grandes líneas de su anterior estrategia. Junto con perder el monopolio del poder nuclear, los EE.UU. ven desmoronarse los fundamentos de la represalia masiva en que descansaba su política hasta aquí, para dar paso a una estrategia flexible, de respuestas graduadas, que permitiera eludir el choque frontal. Los eventuales conflictos fueron catalogados en una escala de gravedad decreciente, en cuyos últimos tramos se situaba la guerra subversiva.

Con éstas premisas, Kennedy elabora su propia concepción sobre la defensa hemisférica, cuyos elementos primordiales serán la seguridad y el desarrollo. Las fuerzas armadas latinoamericanas no se consideran ya un factor significativo en el hipotético enfrentamiento con la Unión Soviética y el bloque de estados socialistas; su rol se debe reducir al mantenimiento del orden interno, ésto es, a garantizar la seguridad del continente y de cada una de sus unidades nacionales. Su complemento será el desarrollo - inspirador de la Alianza para el Progreso - destinado a atacar las causas de la inquietud social mediante la elevación de los niveles de vida de las masas populares.

La orientación de ésta nueva política se proyecta en diversos planos:

a) en el campo diplomático, el sistema interamericano que reposaba hasta aquí, al menos literariamente, en la defensa y desarrollo de la independencia, la paz y la democracia de los estados asociados, adopta una definición beligerantemente antisocialista. Su Octava Reunión de Consulta (1962) excluye a Cuba del ordenamiento interamericano en virtud de que "la adhesión de cualquier miembro de la Organización de Estados Americanos (O.E.A.) al marxismo-leninismo es incompatible con el sistema interamericano". En la Reunión siguiente se resuelve la ruptura colectiva con el gobierno revolucionario, se declara el bloqueo comercial de la isla caribeña y se amenaza explícitamente con el empleo de la fuerza armada para abatir el nuevo régimen. Toda ésta presión finalizará con un fracaso histórico, que conduce en 1975 a la adopción de un "protocolo de reformas al TIAR", cuya esencia, no obstante, permanece inmutable.

b) en el orden específicamente militar, se procura desalentar la adquisición de material de guerra que se considera caro y sofisticado para las necesidades latinoamericanas, dentro del nuevo enfoque de sus responsabilidades militares, mientras se induce a modernizar los equipos y armamentos destinados a operaciones antiguerrilleras. No faltan las referencias expresas al sitio subalterno asignado a tales formaciones en la estrategia global de la contención antisoviética, pero más a menudo sirven de justificación motivos más altruistas, como, por ejemplo, la necesidad de dirigir los recursos financieros de naciones pobres a la satisfacción prioritaria de urgentes requerimientos sociales. El instrumento apto para tal reorientación de los recursos sigue siendo el Programa de Asistencia Militar (Military Assistance Program), pero bajo la inspiración personal del presidente Kennedy se da un impulso notable y especial al reforzamiento técnico y material de los cuerpos policiales.

Más adelante veremos también como se incrementan los centros docentes, para hacer más intensa la formación profesional e ideológica de oficiales y suboficiales, y se establece un contacto más orgánico entre los ejércitos locales y el Pentágono, sea a través del Comando del Sur, radicado en Panamá, sea a través de los Grupos de Asesoría Militar en cada país.

c) en el plano político, con la complicidad formal o de facto de los órganos de la O.E.A., los EE.UU. asumen la responsabilidad principal en la agresión contra Cuba en 1961, y contra el pueblo dominicano que se bate por la democracia en 1965.

Fuerzas indígenas y mando imperial

La creación de un ejército continental al servicio de los nuevos objetivos castrenses fue un tema largamente debatido en el curso de los años 60. La Junta Interamericana de Defensa (J.I.D.), establecida durante la última conflagración mundial, no logró nunca un eficiente nivel operativo y sirve hasta hoy más bien como foro de encuentro político para los jefes de más alto rango. Por otra parte nunca han desaparecido del todo los recelos recíprocos entre los países iberoamericanos, y frecuentemente conspiraron contra la forzada integración guerrera. El hecho es que las iniciativas diplomáticas norteamericanas, vigorosamente respaldadas por los gobiernos más incondicionales, encontraron resistencias insalvables. Solo en una ocasión - para legitimar la invasión de la república domi-

nicana - el Departamento de Estado logró alistar una supuesta Fuerza Interamericana de Paz, donde la presencia de unos dos mil soldados brasileños, paraguayos y costarricenses no logró disfrazar el brutal ataque de una fuerza norteamericana de desembarco constituida por más de cuarenta mil hombres.

En dimensiones geográficas más reducidas, el modelo yanqui de integración militar se ha impuesto en la América Central, agrupando Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Panamá. El Consejo de Defensa Centroamericano (Condeca), en funciones desde 1964, ha sido presentado como la respuesta a la amenaza de una agresión comunista proveniente del mar Caribe, pero, en la práctica, su finalidad efectiva ha consistido por muchos años en servir de apoyo a los planes de los exiliados cubanos y de la C.I.A. contra el gobierno de Fidel Castro.

El control norteamericano sobre la estructura de CONDECA se realiza en dos planos: a nivel nacional, mediante la participación de los Grupos de Asesoría Militar estadounidenses en la dirección superior de los ejércitos locales; a nivel regional, con la presencia de consejeros norteamericanos de las tres ramas de los servicios armados en las labores del Consejo mismo.

Como consecuencia de las resistencias ya referidas, se torna posteriormente al camino más pragmático de la integración progresiva, mediante una coordinación cada vez más estrecha de los altos mandos institucionales y de ejercicios y maniobras que se desarrollan por casi dos décadas en distintas latitudes y con la participación de diversos países o grupos de países. Las Conferencias de Ejércitos Americanos son las que han logrado una mayor regularidad y son, asimismo, las más explícitas en la formulación de sus propósitos políticos. En la IX, por ejemplo, realizada en Fort Bragg, EE.UU., en 1969, el Acuerdo III/ letra B ordena: "que se emprenda un estudio para establecer las líneas fundamentales de doctrina sobre la política y la estrategia que han de seguir los países de América Latina en sus esfuerzos hacia el desarrollo, así como contra la agresión por parte del comunismo internacional". Recomendó, a renglón seguido, que la Junta Interamericana de Defensa estudie la viabilidad de proveer una Secretaría Permanente para la Conferencia de Ejércitos, así como la asociación institucional de ésta con la J.I.A. El Acuerdo X, propuesto por los EE.UU. y aprobado por unanimidad, recomienda con relación a la enseñanza de las fuerzas de tierra: "E) se debe hacer énfasis en la hermandad y en los aspectos positivos del patrimonio democrático de las repúblicas americanas, así como en los temas antisubversivos y anti-comunistas".

Hasta hoy las maniobras conjuntas más regulares son las operaciones "Unitas", de carácter naval o aeronaval, a menudo presentadas oficialmente como una forma indispensable de adiestramiento en la lucha contra submarinos, pero destinadas en los hechos a prestar apoyo específico a ciertas acciones subversivas - como el golpe de los generales chilenos en 1973 - o, en todo caso, a reforzar la dependencia operativa de las escuadras latinoamericanas. Los objetivos de la operación Unitas XVII fueron previamente definidos en la VIII Conferencia Naval Interamericana (Rio de Janeiro, agosto de 1976), presidida por el almirante brasileño Walter Maria Meneses, a la que asistieron delegados de doce países de la

América del Sur y del Caribe, además de los EE.UU. y Canadá. Informaciones dignas de fé señalan que el acuerdo principal se dirigiría a promover la formación de una Fuerza Naval Interamericana permanente, con la función prioritaria de mantener bajo control el área del Atlántico Sur en combinación con la marina de guerra sudafricana.

Un cable de ANSA publicado en Buenos Aires (4) nos informa de otra tentativa de acelerar la integración militar en el continente; en una reunión de la J.I.D. de comienzos del año pasado se habría acordado proponer a la O.E.A., una vez más, la creación de un ejército interamericano. Allí se agrega que la J.I.D. habría actuado con absoluta autonomía y de acuerdo con "instrucciones emanadas de los altos mandos militares, más bien que de las Cancillerías de sus respectivos gobiernos". Los promotores más entusiastas de la iniciativa - Chile, Argentina, Brasil, Paraguay y Bolivia - la habrían fundamentado en la necesidad de prevenir alguna incursión cubana semejante a la que tuvo por objeto apoyar la lucha por la independencia de Angola.

Según la misma fuente, en ésta oportunidad la actitud de los Estados Unidos habría sido reticente. Posiblemente la razón podría encontrarse en un posible debilitamiento del rol asignado al Comando Sud del Ejército norteamericano (Southcom), con base en Panamá, que en la práctica oficia como Comando Supremo de todas las fuerzas latinoamericanas, aunque no cuente para ello con poderes explícitos y formales. Horacio Veneroni (5), citando un informe elaborado por el Subcomité de Política Nacional de Seguridad del Comité de Asuntos Extranjeros de la Cámara de Representantes, sostiene que las misiones básicas del Comando del Sud serían:

- enfrentar situaciones críticas eventuales en América Latina, "las cuales podrían requerir una respuesta militar de los EE.UU."
- constituir "un confiable disuasivo al aventurerismo de los elementos radicales, quienes estarían más activos en el hemisferio si no existiera el Comando", y posiblemente
- "supervisar la asistencia militar a las naciones de la región, incluyendo asesores representativos estadounidenses, equipos de entrenamiento solicitados por los países latinoamericanos y el sistema de escuelas militares en la Zona del Canal".

En estas condiciones, según la lógica norteamericana, el establecimiento de un comando multinacional podría tener más inconvenientes que ventajas.

En el mismo Fort Gulik, bajo el mando inmediato del Pentágono y en colaboración oficial con la CIA, opera el 6º Grupo de Fuerzas Especiales de los EE.UU. Es una formación específicamente destinada a intervenir con la máxima rapidez en cualquier punto del continente, cuando fuera necesario reforzar las tropas locales. Su máxima hazaña fue el aniquilamiento del grupo guerrillero de Nancahuazú y el asesinato del comandante Guevara, herido y prisionero.

Formación del soldado multinacional

Toda estructura bélica descansa, por último, en el soldado. No basta, entonces, un sistema de estrechas conexiones interinstitucionales, un equipamiento moderno

y adecuado, una coordinación doctrinal y estratégica, para hacer eficiente una máquina de guerra, menos aún cuando está destinada a luchar contra hombres que viven en el mismo suelo y son, por lo tanto, compatriotas. Es preciso introducir simultáneamente una fuerte motivación política en los combatientes, y, en primer lugar, en los jefes encargados de la conducción operativa. De ahí el interés cada vez mayor en la prolija modelación mental y profesional de oficiales y suboficiales, tarea asignada por el gobierno de la Casa Blanca a una red de establecimientos militares destinados a instruir al personal extranjero, y principalmente latinoamericano. Los más conocidos son: Fort Bragg, en Carolina del Norte; Fort Sherman, en la Zona del Canal de Panamá, donde se encuentran también Fort Clayton, Fort Gulik y la Base Aérea de Albrook. En Fort Sherman se halla la Escuela de Guerra en la Jungla (U.S. Army Jungle Warfare School), con cursos de especialización para el combate en las comarcas selváticas. En Fort Clayton funciona la Escuela para la preparación de expertos en Cartografía (Cartographic School of Interamerican Geodetic Survey). En Fort Gulik se encuentra la Escuela de las Américas del Ejército de los EE.UU., centro principal de éste impresionante complejo, creado por el Pentágono en 1949 con la finalidad específica de entrenar oficiales latinoamericanos para aplastar movimientos de liberación. Desde entonces ha preparado unos 30.000 oficiales, que una vez egresados de sus aulas mantienen una estrecha relación con los jefes militares norteamericanos y con las variadas dependencias y actividades del Departamento de Defensa.

Para los fines prácticos, el adiestramiento ~~masivo~~ del personal policial obedece a los mismos fines. Según informes de la Agencia Internacional de Desarrollo (A.I.D.) más de un millón de policías extranjeros han recibido instrucción y material a través del programa de Seguridad Pública, de los cuales no menos de 100 mil brasileños y 85 mil vietnamitas (6). El principal centro de entrenamiento policial es la Academia Internacional de Policía, actualmente situada en Washington y creada inicialmente bajo el nombre de Academia Interamericana de Policía en la Zona del Canal. En sus programas de estudio la técnica de los interrogatorios es uno de los cursos más importantes, lo que vendría a explicar la extensión y la uniformidad de los procedimientos de apremio y de tortura en toda la región. Fué Kennedy el gobernante que con mayor anticipación previó la importancia de los cuerpos de policía en la represión de los movimientos populares.

El objeto de tal ayuda lo explica así David Bell, Administrador de la AID, ante el Senado: "No cabe duda - dice - que los EE.UU. tienen un gran interés en la creación ~~de~~ y mantenimiento de un clima de orden e imperio de la ley, bajo control humanitario y según conceptos civiles... Cuando ello es necesario, se ayuda técnicamente a la policía de las naciones en desarrollo, a fin de que puedan cumplir sus obligaciones, y fomente y proteja los intereses de los EE.UU." (7).

La huella que dejó el paso por estas escuelas es profunda. Tuvimos ocasión al respecto de escuchar el testimonio de un ex-oficial boliviano, quien relataba al Tribunal Russell como los alumnos que pasan por sus aulas, generalmente muy jóvenes, tienen la sensación de haber tomado contacto con las ideas, las técnicas y las armas más perfectas de la ciencia guerrera de su tiempo y reciben una profunda impresión del formidable poderío de los dueños de casa. Regresan a sus países de origen, casi siempre, como entusiastas promotores de la adquisición de armas

y equipos que con frecuencia no han entrado en servicio ni siquiera en las unidades normales de los EE.UU. Es obvio, además, que cuanto más avanzados y complejos son tales equipos y armamentos, mayores son los sacrificios que deben hacer los pequeños países para comprarlos y mayor también la dependencia tecnológica que se crea entre el estado proveedor y las instituciones receptoras.

El condicionamiento político no ofrece grandes dificultades una vez aceptada la premisa fundamental, esto es, que los intereses del continente son solidarios y se identifican además con el liderato norteamericano del llamado mundo libre. Por ésta vía se ha llegado a pervertir el comportamiento de los militares sudamericanos hasta el punto de utilizarlos para derrocar gobiernos legítimos, elegidos por sufragio universal, como los de Arbenz en Guatemala, Goulart en el Brasil y Allende en Chile, bajo el pretexto de cautelar la democracia y la libertad, o en nombre de la civilización occidental y cristiana.

Dejando de lado los aspectos lucrativos del adiestramiento (viáticos en dólares, licencia para importar artículos suntuarios, nuevas perspectivas de viajes con fines profesionales, óptimas posibilidades de ascensos futuros, etc.) que cuentan mucho en las ambiciones de los jóvenes oficiales, digamos, por último, que toda la instrucción está impregnada de un fuerte espíritu elitista y corporativo. En tal pedagogía, el pueblo es siempre una masa ignara y caprichosa, sujeta a la manipulación de políticos venales en busca de votos y de fortuna o de demagogos inexcusados, vendidos a potencias extracontinentales; jamás es presentado como la fuente legítima de la soberanía o la sustancia misma de la nación y de su historia.

Por casi treinta años muchos miles de oficiales latinoamericanos vienen pasando por ésta experiencia y la transfieren después a sus subalternos, sin perder contacto con sus antiguos profesores e instructores norteamericanos en el resto de su carrera. Pero no es todo. En los niveles más altos, en las Academias Militares de Estudios Superiores, se adoptan también las concepciones estadounidenses del arte militar, de la sociedad y del mundo. Sobre el modelo del National War College, fundado en 1946, los brasileños crearon tres años más tarde la Escuela Superior de Guerra, que ha servido y sirve de centro de difusión de las ideas que inspiran los altos círculos castrenses latinoamericanos y a los gobiernos establecidos bajo su control. Los animadores de la institución - entre ellos los generales Juárez Távora, Cordeiro de Farias, Augusto Fragoso y Golbery de Couto e Silva - han reconocido más de una vez el papel relevante que jugaron en su nacimiento los oficiales incorporados al V Ejército norteamericano durante la campaña de Italia, así como las enseñanzas recibidas por casi todos ellos en sus prolongados viajes a los Estados Unidos.

A la Escuela Superior brasileña (conocida corrientemente como "La Sorbone") debemos el desarrollo de la doctrina de Seguridad Nacional, que comienza a ser un lugar común en la literatura política de las dictaduras. La Seguridad Nacional no se entiende sólo como una extensión cuantitativa de los clásicos objetivos y funciones de la defensa nacional, sino como una verdadera teoría del Estado. Apoyada en la Geopolítica como filosofía o ciencia suprema, subordina todos los valores morales y jurídicos a los requerimientos de una estrategia

total y asigna a las fuerzas armadas un rol privilegiado, como encarnación mítica de la voluntad nacional y del bien común. Ninguno de los grandes principios de la democracia liberal queda en pie: concentración de los poderes en lugar de separación; rol mesiánico de las instituciones armadas en vez de soberanía popular; aparatos oficiales de movilización en sustitución de los partidos; autogeneración de la autoridad en reemplazo del Parlamento; leyes secretas en cambio de la publicidad de la norma jurídica.

El escalafón de la milicia multinacional está, así, completo. Entre el pequeño vergugo acucioso, impaciente por arrancar una delación a su víctima lacerada e indefensa, y el general que invita a los inversionistas extranjeros a tener fé en su país y a aprovechar la paz reconquistada para hacer buenos negocios, las diferencias - desde el punto de vista moral y político - son mínimas. Cada uno a su manera desempeña su propia función en la maquinaria de la servidumbre.

La falsa paz

En el último cuarto de siglo las acciones de guerra contra los pueblos iberoamericanos se suceden sin pausa, al margen de toda retórica. Hablamos de una guerra tangible, real, cuyos muertos se cuentan por decenas de miles, y por centenares de miles sus heridos, mutilados y prisioneros. En los tres últimos años y nada más que en Chile, Argentina y Uruguay, entre 60 y 70 mil personas han sido asesinadas y cerca de medio millón han conocido las cárceles y los campos de concentración de las dictaduras.

Se trata, por supuesto, de una guerra nueva y extraña, donde las batallas sobre espacios horizontales, entre hombres de distintas naciones, son sustituidas por el aniquilamiento físico o la neutralización del pueblo organizado en el interior de cada país. El ataque que llevan a cabo las fuerzas armadas, con medios militares y en cumplimiento de un proyecto político extranjero, no para ganar territorios, sino para aplastar la voluntad colectiva, para sofocar la autodeterminación y suprimir la independencia es, en su sentido más puro, ese "acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario" en que Clausewitz hacía radicar la esencia de la guerra. Solo que aquí la guerra no es la continuación de la política por otros medios, como se acostumbra recordar, sino una política en su misma y un modo de gobernar.

No existe un modelo único y ortodoxo de ésta guerra contrarrevolucionaria: su estrategia, sus tácticas, sus técnicas operativas, adquieren modalidades diversas en cada época y situación particular. Solo con fines meramente indicativos se podrían formular algunas observaciones relativas al proceso en cuya virtud las fuerzas destinadas a defender la integridad territorial y la soberanía de las naciones iberoamericanas han terminado por ocuparlas militarmente

En los casos de Guatemala (1954), Cuba (1961) y República Dominicana (1965) el ataque tiene su apoyo principal en el exterior, debido, aparentemente, a las dificultades para encontrar un consenso generalizado en el seno de las fuerzas armadas nacionales. La circunstancia de ejercer el mando un alto oficial elegido por sufragio democrático, en el primer caso, de haber alcanzado

el gobierno revolucionario una hegemonía aplastante en el campo militar en el caso de Cuba, y de contar las fuerzas constitucionalistas dominicanas con una parta sustancial del ejército regular, empujan a los EE.UU. a una intervención abierta o apenas disfrazada. El precio político de las primeras agresiones es tan alto que cuando debe enfrentarse al pueblo dominicano en armas, el Departamento de Estado debe apelar a los recursos diplomáticos mas desesperados para legalizar el atropello como una "expedición interamericana de paz"...

Ya estaba en camino, sin embargo, la fórmula óptima de la subversión imperialista: el "golpe institucional", inaugurada formalmente en el Brasil. Un método perfecto para mantener en la sombra al instigador principal, en cuanto aparentan ser grupos internos de presión los que imponen la solución autoritaria, al amparo de una fraseología "nacionalista". Es ésta una técnica aplicable sólo en el momento en que la desnacionalización de las fuerzas armadas alcanza su punto crítico, como lo han comprobado después los dramáticos acontecimientos de Bolivia y Chile, diseñados con arreglo a un modelo similar. Sin embargo, las elocuentes pruebas de la desestabilización provocada desde fuera, las indiscreciones parlamentarias y periodísticas, pero sobre todo el reforzamiento de las relaciones de vasallaje frente a los intereses del capital extranjero, constituirán una tardía comprobación del verdadero origen de la intervención militar.

Frente al Perú, el procedimiento ha tenido variantes que merecen consignarse. Contra todas las previsiones, el movimiento militar de octubre del 68 adquirió rápidamente un acentuado carácter populista y autónomo, particularmente ingrato a las autoridades yanquis. Se inicia desde entonces una enorme presión sobre los dirigentes peruanos, que alcanza su punto culminante después del golpe de Santiago, cuando el gobierno de Velasco Alvarado intenta adquirir armamento en los EE.UU. que el Pentágono le niega (8) obligando a los peruanos a dirigirse a Francia primero y a la Unión Soviética, por último, para renovar su material blindado. En torno al gobierno de Lima se han usado alternativamente toda clase de recursos, desde una sostenida guerra de nervios basada en una eventual agresión chilena, hasta la acusación de constituir el Perú una cabeza de playa cubano-soviética en la América del Sur, con el deliberado objetivo de desplazar el eje del poder hacia los sectores más conservadores del ejército y frenar así el proceso de reformas. La combinación de boycott y de amenazas, de intimidación y concesiones, ha dado ya resultados sustanciales: los representantes más progresistas del movimiento militar - eliminados primero de las filas y del gobierno - enfrentan ahora la amenaza de ser expulsados de su propio país.

La propagación del régimen militar a casi todo el continente y la gradual imposición de un cierto modelo de gobierno no constituyen, sin embargo, garantía cierta de estabilidad y de relaciones pacíficas en la región. En los últimos tiempos comienzan a manifestarse poderosos factores de disturbio, el más importante de los cuales lo constituye la agresiva hegemonía brasileña, ahora en el campo militar. No cabe duda que, hoy por hoy, es la única potencia sudamericana que cuenta con una producción bélica significativa, en el sector de los trasportes terrestres y aéreos, de los blindados, de las comunicaciones

y de las armas ligeras. Los contratos con la República Federal Alemana, por lo demás, colocan al Brasil en el umbral del armamento atómico. En el hecho es el único país que podría sostener un conflicto bélico de cierta duración con sus propios medios, posición que razonablemente alarma a sus vecinos, y muy particularmente a la Argentina, el Perú y Venezuela.

Un segundo elemento de inestabilidad tiene su fuente en la agudización de viejas rivalidades fronterizas. Por su rigidez e inexperiencia diplomática, por la inevitable carga de chauvinismo y de orgullo nacional que los anima, y, en fin, por su tendencia a buscar en litigios externos una válvula de escape a las terribles tensiones interiores, los gobiernos militares tienden a agravar inevitablemente esos focos de ~~tensión~~. El caso más elocuente lo presentan las negociaciones para otorgar a Bolivia una salida al mar.

Tenemos, por último, y en cierto modo como corolario natural de esas tensiones, una suicida carrera armamentista. Además de informaciones cotidianas y de público conocimiento, bastaría consignar un dato ilustrativo: en 1974, Chile y Brasil se colocaron en los lugares 9º y 10º, respectivamente, entre los mayores compradores de armas a los EE.UU. en el mundo. Ese año, Chile adquirió material bélico por 68 millones de dólares, mientras el Brasil lo hizo por 58 millones (9).

Cuando Bolívar pronosticó que los EE.UU. portarían la miseria a la América Latina en nombre de la libertad, no previó que llevarían también la guerra en nombre de la paz.

Roma, marzo de 1977

Notas

(Para el art. "A.L.: Soldados de la dependencia")

- (1) Discurso publicado en "Marcha" - Montevideo, agosto de 1966.
- (2) "Paese Sera" - Roma, 20 de agosto de 1976.
- (3) Horacio L. Veneroni ; "EE.UU. y las Fuerzas Armadas de América Latina" Ediciones Perisferia, Buenos Aires, 1973.
- (4) "La Nación" - Buenos Aires, 6 de junio de 1976.
- (5) Horacio Veneroni, id.
- (6) Michael Klare : "La guerra sin fin". Noguer, Barcelona, 1974.
- (7) Michael Klare, id.
- (8) "Le Monde" - Paris, 27 de marzo de 1974.
- (9) Cifras del Pentágono en el "Los Angeles Time", 22 de setiembre de 1974.